
la sociología como ciencia y como profesión*

césar germaná

«[...] resulta de la naturaleza de las cosas que para dar un paso capital en filosofía es preciso recurrir a las siguientes condiciones:

1º Llevar, mientras la edad lo permita, la vida más original y activa que sea posible.

2º Adquirir conocimientos, con cuidado, de todas las *teorías* y de todas las *prácticas*.

3º Recorrer todas las clases sociales y situarse personalmente en las posiciones sociales más dispares, e incluso crear relaciones que jamás hayan existido.

4º Por último, emplear la *vejez* para resumir las observaciones sobre los efectos resultantes de las propias acciones, tanto en los otros como en uno mismo, y de dicho resumen establecer los principios.

(Vida de Saint-Simon escrita por él mismo)

En la conferencia del día de hoy quisiera resumir mis observaciones y reflexiones —los muchos años dedicados a la sociología creo que me lo permiten— sobre el complejo y espinoso tema de las relaciones entre la sociología como ciencia y la profesión de sociólogo. Quizás mis puntos de vista puedan sorprender y hasta defraudar a más de uno. Sobre todo a quienes esperan una clara delimitación entre ambas esferas pues está muy difundida la imagen que establece una tajante separación entre la sociología como actividad teórica-académica y la sociología como actividad práctica-profesional, donde la segunda vendría a ser una aplicación técnica de la primera, configurando una especie de «ingeniería social». Debo confesar, sin embargo, por respeto a este importante Congreso, mi firme convicción de que, por las razones que desarrollaré a lo largo de mi exposición, la sociología no puede ser confundida con una técnica para manipular las relaciones sociales. Una especialidad de este carácter quizás pueda ser importante, pero no debemos complicar el análisis denominando con la misma palabra dos objetos que no tienen en común sino su vinculación con la vida social. Por ello, sólo utilizaré la noción de sociología —tal como se ha desarrollado en la tradición clásica— para referirme a un modo específico de producir conocimientos sobre la vida social de los seres humanos.

La conferencia de hoy tiene como idea central la consideración del sociólogo como un profesional con una vocación científica. Este profesional realiza una actividad especializada y permanente, de la cual obtiene frecuentemente —pero no siempre— ingresos monetarios que le permiten su subsistencia y una «posición en la vida». Lo específico del trabajo profesional del sociólogo resulta, en consecuencia, de la naturaleza de la disciplina que ejerce. Preguntarnos por la profesión de sociólogo nos lleva necesariamente a preguntarnos por la propia sociología como disciplina científica.

Este es el primer tema que quisiera abordar. Me gustaría discutir el papel de la sociología en el surgimiento del mundo moderno y los cambios que han determinado la crisis actual de esta forma de producir conocimientos, pues la presente crisis de nuestra disciplina plantea nuevas exigencias y tareas a la profesión de sociólogo.

A partir de esta presentación, en segundo lugar, examinaré los significados del ejercicio profesional de la sociología. En ello estarán implicados tanto el análisis de los condicionantes externos (particularmente vinculados al poder y al dinero) como el examen de la vocación íntima que impulsa a determinadas personas a dedicarse a la sociología. Como en los otros aspectos de la vida social, también la profesión y la vocación de la sociología plantean la necesidad de poner en evidencia las exigencias éticas que se derivan del cultivo de esta disciplina.

Pero —y este es el último tema de mi exposición— la sociología no sólo tiene consecuencias para el sociólogo; también —y con seguridad

aquí encontramos su aspecto medular— tiene un rol en la vida social. Este rol está determinado por las demandas sociales de la producción sociológica, por los condicionamientos sociales que afectan su desarrollo y por su necesario e indeclinable papel político.

En estos tres aspectos, subyace una idea básica que sirve de hilo conductor a mi exposición. Se trata del surgimiento de la sociología como parte del racionalismo occidental que hizo posible el desencantamiento de la vida social y del actual proceso por el cual la sociología se desencanta a sí misma, dando lugar al surgimiento de una amplia gama de enfoques teóricos y metodológicos. Por eso creo que, como profesionales de la sociología y como seres humanos, debemos ser capaces de hacer, de la sociología que surja de la crisis actual, una disciplina que nos ofrezca los medios necesarios para decidir libremente nuestro propio futuro.

II

Para empezar por el principio debemos preguntarnos sobre qué entendemos por sociología. Ciertamente, la respuesta a esta interrogante ha dado lugar a un vasto y complejo debate que tiene más de ciento cincuenta años. No voy a reproducirlo aquí pues no sería el momento más indicado para tratar este importante asunto. Más bien, para los propósitos de la presente exposición solamente quisiera apuntar unas breves reflexiones sobre dos maneras en las que se ha propuesto saber en qué consiste la sociología. Una primera perspectiva ha estado dada por la preocupación de definir su objeto de estudio. Esta estrategia me parece improductiva pues nos llevaría a señalar un interminable listado de definiciones sobre la delimitación de un ámbito particular de la vida social que sería el dominio propio de la sociología. Este análisis, en su forma más radical, nos obligaría a discutir, inclusive, la existencia de esos posibles objetos de estudio. Quizás, por eso, tenga razón R. Aron cuando señala que «la sociología parece estar caracterizada por una perpetua búsqueda de sí misma. En un punto y prácticamente en uno solo están de acuerdo todos los sociólogos: la dificultad de definir la sociología»¹. Sucede que los sociólogos al intentar definir su objeto de estudio no hacen sino confesar su fracaso pues ninguno parece haberlo conseguido ya que no han logrado consenso para sus propuestas en la comunidad científica. En consecuencia, esta perspectiva para comprender la naturaleza de la sociología nos lleva necesariamente a un callejón sin salida.

La otra estrategia me parece más fructífera. En este caso, no se ha intentado delimitar el objeto de la sociología sino, más bien, entender cuál es la particular manera que han tenido los sociólogos de enfrentarse al estudio de la vida social de los seres humanos. Desde

¹ Citado en: R. Boudon, *La crisis de la sociología*, Barcelona, Laia, 1971, p. 10.

este punto de vista, lo que definiría a la sociología es una específica manera de conocer. Como ha señalado F. Ferrarotti, «hoy, después de doscientos años de reflexiones y de investigaciones en el terreno, podemos solamente decir que la sociología es aquello de que se ocupan los sociólogos»². En consecuencia, saber en qué consiste la sociología nos lleva a preguntarnos por el tipo de conocimientos que producen los sociólogos en su tarea de explicar/comprender la vida social.

Desde diversas orientaciones —en la mayor parte de casos contrapuestas—, los sociólogos, como continuadores de la Ilustración, desde fines del siglo XVIII en Europa, han buscado desarrollar un *discurso racional sobre la vida social*. Más allá del significado concreto que asumía ese discurso, se encontraba el rechazo a las explicaciones míticas y religiosas de la vida social, esto es, la oposición a las pretensiones metasociales de dar cuenta de los procesos de organización y de transformación de las sociedades humanas. En este sentido, el surgimiento de la sociología ha constituido una parte, quizás la más importante, del proceso de «desencantamiento del mundo» que para Max Weber señaló la emergencia de la modernidad europea. Como escribió el sociólogo alemán, «la intelectualización y racionalización crecientes no significan en consecuencia un creciente conocimiento general de las condiciones bajo las cuales se vive. Significa en cambio algo distinto: el saber o el creer que si se *quiere se puede*, que no hay en principio ninguna fuerza misteriosa e imprevisible que interfiera, que antes bien todas las cosas pueden ser *dominadas* por el *cálculo*. Pero esto significa el desencantamiento del mundo. Nunca más se podrá ya echar mano a los recursos mágicos, como el salvaje para quien tales poderes existen, para dominar o implorar los espíritus, sino que habrá que recurrir a cálculos y recursos técnicos»³. La sociología continuó con el proceso de desencantamiento del mundo iniciado por las ciencias naturales al buscar explicar racionalmente —esto es, utilizando conceptos y razones— los mecanismos que hacen posible la organización y el cambio vida social.

Por ello, la sociología fue prisionera de ese proceso de racionalización. Así, se puede observar cómo en la tradición sociológica clásica, el trabajo se convirtió en la categoría teórica central. Como ha señalado C. Offe, los sociólogos del siglo XIX, «construyen la sociedad y su dinámica como 'sociedad del trabajo'»⁴. Se trata de una sociología que reflexiona en torno a una sociedad donde una forma de trabajo adopta una posición clave y dominante. Es una forma de trabajo diferenciado de las acciones dirigidas a la subsistencia y convertido en una actividad no sólo pagada sino situada en un espacio público, apareciendo allí como una prestación medible e intercambiable y que sólo tiene valor para los otros y ya no para uno mismo. Se trata de lo que Marx denominaba el «trabajo abstracto», el «trabajo en general»,

² F. Ferrarotti, *El pensamiento sociológico de Auguste Comte a Max Horkheimer*, Barcelona. Península, 1975, p. 260.

³ M. Weber, *El sabio y la política*, Córdoba, EUDOCOR, 1966, p. 16.

⁴ C. Offe, *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*, Madrid, Alianza, 1992, p. 17.

el «trabajo *sans phrase*». Sobre este eje se desarrolla una determinada forma de conocer, un criterio de racionalidad, que dominará el quehacer sociológico. Es el predominio de la racionalidad teleológica en el diseño de las teorías de la sociedad. El análisis social sigue el paradigma de la teoría del conocimiento —la adecuación entre el pensamiento y las cosas— y desde allí busca dar cuenta de la relación medios y fines en la acción social. Lo central para la teoría social ha sido la determinación macrosociológica del hecho del trabajo asalariado como núcleo de la vida social y la racionalidad que lo gobierna.

Si tenemos en consideración esta manera de hacer sociología, podemos establecer lo específico de la forma sociológica de conocer la vida social. Se puede considerar que la novedad de la sociología no se encontraba en su objeto, ya que en la filosofía antigua se había reflexionado sobre la naturaleza de la sociedad. Sólo que, en este caso, su tratamiento fue diferente. En la tradición griega, la teoría de la sociedad era concebida según el modelo de la ética, en el sentido de vincular el análisis de la vida social a la búsqueda del bien y la justicia. En cambio, la pretensión de la sociología —desde fines del siglo XVIII— ha sido desprenderse de todo contenido ético para, según el modelo de las ciencias naturales, reclamar una interpretación causal de los fenómenos sociales. T. Adorno y M. Horkheimer han precisado esta nueva manera de pensar la vida social que aportaba la sociología: «La gran tradición filosófica desarrollaba la doctrina de la sociedad en relación con un ideal extraído de los principios absolutos del ser; en cambio, la sociología, desde que existe su nombre, tuvo una ambición absolutamente contraria: la de liberarse, lo mismo que las ciencias naturales, de todas las teleologías y conformarse con la comprobación de los vínculos causales regulares [...] El impulso de la posible transformación del ser por obra del deber ser, propio de la filosofía, dejaba paso al sobrio celo del que acepta el ser como el deber ser»⁵. El ambicionado apego riguroso a los hechos hizo olvidar a la sociología «el compromiso ético de ayudar a los hombres en la solución de sus problemas más importantes»⁶.

La consecuencia más saltante de esta manera de reflexionar sobre la vida social ha sido la conversión de la teoría social en una técnica social, en una «ingeniería social». Esto ha significado concebir la sociología según el modelo de la técnica que se interesa exclusivamente en la elección de los medios más adecuados destinados a realizar un determinado fin que no ha sido discutido. Por ello, la sociología se desentiende de los valores morales y su aplicación práctica es presentada como una relación técnica; pero de una «técnica ambigua», como ha señalado Ferrarotti: «Es esencialmente intercambiable, buena para todos, indiferente a los objetivos; es, por definición, apolítica, y es utilizada por profesionales que únicamente atienden al servicio de sus clientes, ya sean privados o públicos, poniendo ciertamente un interés muy

⁵ M. Horkheimer y T. Adorno, *La Sociedad. Lecciones de sociología*, Buenos Aires, Proteo, 1971, pp. 16-17.

⁶ *Ibid.*, p. 18.

especial en los clientes serios, es decir los que pagan»⁷. En esta perspectiva, la sociología pierde su razón de ser al convertirse en instrumento de los intereses socialmente dominantes.

Precisamente, esta manera de entender el quehacer sociológico y la racionalidad social que lo gobierna ha entrado en crisis. Aquí podemos apreciar el profundo vínculo entre el pensamiento y la realidad social. Las radicales transformaciones que se han venido operando en las últimas décadas han dado como resultado que el orden social que empezó a constituirse hacia el siglo XVI haya entrado en crisis y con él las formas de conocer que produjo. Pues el conocimiento no es sino un aspecto, un momento, de las relaciones sociales. Los actuales cambios sociales han implicado necesariamente cambios en la manera de conocer.

Veamos primero algunos de los principales ejes sobre los que se está reorganizando el nuevo orden mundial capitalista y que ha dado como consecuencia una profunda reorganización de las relaciones sociales, incluyendo las teorías sociales y las formas de conocer.

El primer eje de este proceso se encuentra en la *reorganización y modernización de los procesos de producción*⁸. En la base de esta tercera revolución industrial se encuentra la microelectrónica y sus aplicaciones industriales. Desde 1975 a 1990, una primera ola de transformaciones tecnológicas aporta herramientas que facilitan de manera inédita la producción de bienes y servicios: informática, robótica, telecomunicaciones, biotecnología. Esas herramientas han transformado el paisaje de la sociedad industrial y han permitido un significativo crecimiento económico. A partir de 1990 una segunda ola de transformaciones tecnológicas ha determinado la informatización generalizada de la sociedad occidentales alcanzando los centros nerviosos de las empresas y sus administraciones. Este segundo momento es todavía más sofisticado pues se utilizan software más potentes, bases de datos muy amplias, sistemas expertos y telecomunicación electrónica. En este sentido es posible definir a la sociedad que emerge como patrón de poder dominante como una «sociedad de la información», tal como lo ha señalado M. Castells⁹.

El segundo eje está vinculado a los cambios en las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, en beneficio del primero: reducción del salario real, debilitamiento de los sindicatos, reformas laborales orientadas a una flexibilización del mercado del trabajo.

⁷ F. Ferrarotti, *Una sociología alternativa*, Barcelona, A. Redondo, 1973, p. 7.

⁸ Sobre la relación entre los cambios tecnológicos y las ondas largas del capitalismo, véase el libro de E. Mandel, *Las ondas largas del desarrollo capitalista*, México, Siglo XXI, 1986, Cap. 2: «Ondas largas, revoluciones tecnológicas y ciclos de lucha de clases». En una perspectiva más general de la relación entre revolución tecnológica y desarrollo capitalista, véase de B. Coriat, *Science, Technique et Capital*, París, 1976.

⁹ M. Castells y Y. Aoyama, «Hacia la sociedad de la información: estructura del empleo en los países del G-7 de 1920 a 1990», en *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 113, 1994, Nº 1.

Un tercer eje se encuentra en la *aceleración de la internacionalización de las inversiones y, por lo tanto, del sistema productivo* a la vez que se produce un integración entre grandes regiones de los flujos comerciales. La mundialización de la economía significa la extensión y profundización monopólica del capital que se orienta prioritariamente al mercado mundial. Este proceso estimula la mundialización de las empresas, de las estrategias y de los mercados: inversiones directas en el extranjero, deslocalización del proceso productivo, fusiones, alianzas entre empresas. Para ello, el capital se disemina en «zonas francas de producción», verdaderos enclaves industriales, con una gestión libre de la fuerza de trabajo y con beneficios y excepciones fiscales. Una consecuencia de esta nueva forma de industrialización es la conversión de regiones enteras en verdaderas «plataformas de exportación».

Un cuarto eje es el *crecimiento de un mercado mundial de capitales y de servicios financieros* que escapan ampliamente, incluso totalmente, a todo control de los estados nacionales. Se estima en un 1,2 billones de dólares el volumen de capitales que circulan permanentemente de acuerdo a las variaciones de las tasas de cambio, terreno de la especulación financiera sin límites, pues los bancos centrales y las instituciones económicas internacionales han renunciado a intervenir y combatir el poder adquirido por los especuladores privados.

Un quinto eje es la *hegemonía de la ideología del mercado libre*, cuyo evangelio es la competitividad. Sus ideas son simples: como existe una guerra tecnológica, industrial y comercial a escala mundial es necesario sobrevivir para lo cual es indispensable ser competitivo. Sin competitividad no hay crecimiento ni bienestar económico y social; de medio para que los actores económicos —en particular las empresas—actúen en el mercado buscando posiciones y ventajas competitivas respecto a otros actores, se convierte en un fin en sí mismo, objetivo que se propone no sólo para las empresas sino para la sociedad en su conjunto.

Un sexto eje tiene su núcleo en la *reforma del Estado*. Esta va desde el desmantelamiento del sector estatal de la economía mediante la privatización de las empresas públicas hasta la reducción y reorientación del gasto público, en particular el destinado a los sectores sociales. Dos medidas han sido claves en este proceso: de un lado, la creciente desregulación de la economía; y de otro, el cambio en las modalidades de intervención estatal en la economía. En este caso, el Estado se reduce a una sistema jurídico, financiero y burocrático al servicio del éxito económico del capital pues se encarga de crear las condiciones favorables a la competitividad de las empresas. El interés general, finalmente, se reduce al de las empresas financieras e industriales que se disputan los mercados mundiales.

Una consecuencia fundamental de la reestructuración del sistema mundial del capital se encuentra en la profunda reorganización del mundo del trabajo. En primer lugar, existen suficientes evidencias de que las transformaciones tecnológicas de los últimos dos decenios expulsan masivamente a los individuos del mercado del trabajo. Si

bien ya desde los años sesenta diversos científicos sociales enunciaban la declinación de los empleos directamente productivos, la automatización de ese periodo no ofrecía sino una pálida imagen de las consecuencias que ha tenido la invasión de la microelectrónica en la industria y los servicios. En la actualidad se puede producir cada vez más con cada vez menos asalariados. La primera ola tecnológica (1975-1990) condujo a un crecimiento cuantitativo sin creación de empleo. A partir de los años noventa, la generalización de la informatización en la producción de bienes y servicios, demanda una enorme cantidad de materia gris y rechaza una parte de la mano de obra, inclusive altamente calificada, que cumplía tareas que ahora se han automatizado. En segundo lugar, agrava la expulsión de fuerza de trabajo por la racionalización de los procesos productivos. Desde hace cuatro años, la noción de *reengineering* apareció en los Estados Unidos. La idea básica de la reingeniería es la identificación en las empresas de las actividades fundamentales, eliminando o subcontratando todas las otras, incrementando espectacularmente la productividad y permitiendo suprimir empleos de manera significativa. En conclusión, una fracción cada vez más reducida de la fuerza de trabajo puede valorizar y reproducir el capital. El desempleo se convierte en una realidad estructural y, a largo plazo, se reformula el propio contenido del trabajo. En definitiva, lo que parece estar en juego es el fin del trabajo asalariado tal como lo hemos conocido hasta el día de hoy¹⁰.

Estamos asistiendo, pues, a la crisis de la «sociedad del trabajo». Ello está determinando que los propios fundamentos lógicos y ontológicos sobre los que fue construida la sociología comiencen a replantearse y surjan diversas perspectivas de análisis que muestran que el elemento determinante de la sociología ya no es la racionalidad instrumental basada en el trabajo asalariado. Así, aparecen nuevos campos de acción y de sentido que van más allá del trabajo, con nuevos actores y nuevas racionalidades. Quizás la propuesta más significativa en esta dirección sea la teoría de la sociedad desarrollada por J. Habermas alrededor de una «razón comunicativa» que le permite explicar las razones por las que el trabajo y la producción van perdiendo su capacidad de estructurar la vida social.

En última instancia, se trata de la crisis de la problemática de la teoría del conocimiento y de la objetividad centrada en la relación entre un «sujeto» y un «objeto» y su reemplazo por una problemática cuyo núcleo es la significación de los enunciados —se ha hablado, en este sentido de un «giro lingüístico», según el título del libro de R. Rorty¹¹.

En las ciencias sociales, R. Bernstein ha señalado la existencia de una «reestructuración de la teoría social»¹² basada en paradigmas marginales a las ciencias sociales dominantes: la filosofía lingüística

¹⁰ Sobre este tema véase el libro de J. Rifkin, *The End of Work. The Decline of the Global Labor Force and the Down of the Post Market Era*, Nueva York, 1995. También son importantes para esta discusión los ensayos reunidos en el libro de C. Offe citado en la nota número 4.

¹¹ R. Rorty (ed.), *The Linguistic Turn: Recent Essays in Philosophical Method*, Chicago, 1972.

¹² R. Bernstein, *La reestructuración de la teoría social y política*, México, FCE, 1982.

del último Wittgenstein, la hermenéutica de Gadamer y la fenomenología sociológica de Schütz y su desarrollo posterior, la etnometodología.

Esta nueva problemática epistemológica es subrayada por A. Quijano cuando pone en el primer plano del debate la intersubjetividad del conocimiento, esto es, «la propuesta de que el conocimiento es un elemento de la estructura de las relaciones intersubjetivas de la sociedad y se valida en ella». Y agrega: «el conocimiento es un modo de relación entre individuo y realidad sólo en tanto y en cuanto el individuo es sede y agente de una estructura de relaciones materiales e intersubjetivas. Las categorías o conceptos no tendrían, así, carácter de identificaciones de «propiedades» de los «objetos», sino de significación de los modos y momentos que en un dado campo de relaciones constituyen y disuelven los fenómenos que hemos llamado 'objetos'»¹³. Estos indicios muestran bien cómo la sociología está replanteando las bases teóricas y metodológicas sobre las que surgió hace dos siglos.

III

Ahora ya estamos en condiciones de preguntarnos por el impacto de la sociología en el Perú. Una primera sociología de clara orientación positivista aparece hacia fines del siglo XIX. Esta sociología siguió el mismo patrón del conjunto de la sociedad peruana: así como se importaban los bienes de consumo también se importaban las ideas sin que éstas tuvieran un proceso de elaboración interna. Se configuró así un pensamiento marcadamente colonial, dependiente de la racionalidad eurocéntrica. Por eso, los primeros estudios sociológicos no aportaron análisis significativos a la comprensión de la sociedad peruana y sus propuestas no tienen nada que decirnos en la actualidad.

Ciertamente, fue con José Carlos Mariátegui (1894-1930) que aparece un pensamiento autónomo, al romper en aspectos significativos con la manera eurocéntrica de reflexionar sobre la sociedad peruana y su transformación. Con el Amauta se establecieron firmes bases para el desarrollo en el Perú de una sociología alternativa. En su obra se pueden encontrar los puntos de partida para la investigación de la realidad peruana y una manera específica de conocerla. Esta matriz teórica ha sido determinante para el desarrollo posterior de un sector importante de la investigación social en el Perú.

La sociología de los años sesenta y setenta traduce bien la subordinación a la racionalidad instrumental de la modernidad europea. Los paradigmas empirista y estructural funcionalista así como el marxismo positivista fueron una buena muestra de esa dependencia. Sin embargo, un pequeño núcleo de profesionales de la sociología buscó desarrollar una forma de análisis que pudiera dar cuenta del carácter específico de la formación social peruana y, en esa medida, se entroncaba con la tradición mariate-

¹³ A. Quijano, «Notas sobre los problemas de la investigación social en América Latina», en *Revista de Sociología*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, N° 7, 1990. p. 17.

guiana de la investigación social. Los estudios de ese periodo estuvieron centrados en el examen de las bases, la estructura y los cambios del poder en el Perú. El trasfondo de esas investigaciones fue el problema de la revolución social. Desde los iniciales debates sobre la oligarquía y los grupos de poder económico hasta los estudios que buscaban examinar las bases sociales, económicas y políticas del régimen velasquista y sus consecuencias en relación a la crisis de la dominación oligárquica.

Desde los años ochenta, la investigación sociológica enfatizará el estudio de los problemas vinculados a la democracia parlamentaria y a la naturaleza de los antiguos y de los nuevos movimientos sociales. Sin embargo, los cambios en la sociedad peruana son mucho más profundos de lo que los conceptos y las teorías sociológica pueden abarcar. Se hacen cada vez más visibles —como consecuencia de la crisis— nuevos fenómenos sociales que se busca describir con imágenes simples, que actualmente hacen parte del sentido común, tales como «desborde popular» o «informalidad». Se trata, en lo fundamental, de descifrar las nuevas relaciones sociales que van emergiendo en la sociedad peruana como respuesta a la profunda crisis en la que vivimos y que configuran nuevas prácticas económicas, políticas y culturales. El nuevo rostro social del Perú plantea, por lo tanto, la necesaria renovación del análisis sociológico.

En estas circunstancias, se va consolidando una amplia y generalizada conciencia de las incertidumbres que los sociólogos —y los científicos sociales— tienen de su disciplina: incertidumbres en relación a los enfoques teóricos, a los conceptos y a las metodologías que utilizan en la investigación¹⁴. Además, esas incertidumbres afectan de manera decisiva la imagen profesional que los sociólogos tienen de sí mismos. Esta conciencia es relativamente reciente. En los años sesenta y setenta existía una opinión optimista sobre la sociología y su futuro. Se creía —con cierta ingenuidad— que si se afinaban las categorías y los métodos y si se realizaba un vasto programa de investigaciones empíricas, se consolidaría una sólida tradición sociológica en el Perú. Sin embargo, desde mediados de los años ochenta la sociología transitará por caminos muy diferentes de las confiadas certidumbres del periodo anterior. Orientaciones teóricas y metodológicas que parecían sólidamente establecidas se desvanecen. Las dudas se apoderan de los sociólogos (y del resto de científicos sociales) y se instala una cierta desesperanza sobre el futuro de nuestra disciplina. Dos respuestas parecen surgir para salir de este impase: una pragmática y otra crítica. La primera —que es la perspectiva dominante— admite la existencia de problemas en la sociología pero no los busca explicar ni comprender y, más bien, dejándolos de lado, privilegia un chato empirismo en la investigación, suponiendo —cándidamente— que la mera acumulación de hechos dará como resultado una comprensión más amplia de la sociedad peruana. La segunda tiene como punto de partida una reflexión

¹⁴ He examinado estos problemas en el ensayo «El discurso de la sociología en el Perú. De las certidumbres de los años setenta a las dudas de los años noventa», en: H. Rodríguez y J. Castillo (eds.), *Investigaciones en Ciencias Sociales, un balance necesario: 1993*. Lima, CONCYTEC, 1994.

crítica de la situación actual de la sociología e intenta desarrollar una estrategia teórica orientada al establecimiento de bases sólidas para una renovación de nuestra disciplina y para lograr descifrar la naturaleza de las nuevas formas de integración y de cambio social. La sociología se convierte así en un gran desafío para todos aquellos que tengan la audacia intelectual como para aventurarse en este complejo laboratorio social que es el Perú de nuestros días.

IV

A partir de estas consideraciones sobre la sociología, es posible examinar el significado que tiene esta disciplina científica para el sociólogo profesional.

El primer lugar, tomando una idea desarrollada por M. Weber en otro contexto, se puede establecer dos maneras de hacer de la sociología una profesión, esto es, dos formas de dedicarse a la sociología como un oficio y no de manera esporádica o circunstancial. Por una parte, se puede vivir *para* la sociología; por otra, se puede vivir *de* la sociología. En el primer caso, el sociólogo profesional se dedica íntegramente al oficio propio de la sociología. La sociología constituye su razón de ser pues hace de ella el centro de sus preocupaciones vitales. En el segundo caso, el que vive *de* la sociología como profesión hace de ella una actividad permanente que le proporciona ingresos estables. Se trata de una separación de tipo analítico pues, en la realidad, normalmente, el que vive *de* la sociología también vive *para* la sociología.

En el Perú, los primeros sociólogos no se dedicaron profesionalmente a esta disciplina. Son mayormente abogados y políticos, aunque también hay un ingeniero. Es el caso de Joaquín Capelo (1852-1925), de Mariano H. Cornejo (1866-1942) y, sobre todo, de los integrantes de la llamada «generación del novecientos» —entre ellos, particularmente, Francisco García Calderón (1883-1953). Recién en los años sesenta aparecerá el sociólogo profesional con la institucionalización de la sociología cuando se crea el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (1961) y del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica (1964). La intención de las primeras promociones de sociólogos era vivir *para* la sociología y dedicarse a la producción de conocimientos sobre la sociedad peruana. El ideal de los sociólogos fue el trabajo intelectual comprometido con la transformación social. Todavía no tenían un rol profesional definido socialmente, pero, al decir de José Medina Echevarría, intentaban formar parte, «dentro de la extensa familia de la inteligencia, a los que son capaces de asumir una actitud crítica y no meramente técnica»¹⁵. En el profesional de la sociología

¹⁵ Citado por A. Quijano en «Profesión y oficio de la sociología», *Universidad y Sociedad*, Año 2, Nº 4, junio 1994.

de ese periodo se produce una productiva convergencia entre la perspectiva socialista revolucionaria que José Carlos Mariátegui había desarrollado en los años veinte y las ciencias sociales. Mayoritariamente, los sociólogos fueron incorporándose a la vida universitaria como profesores e investigadores. Sin embargo, también en unos pocos casos ingresaron al aparato burocrático estatal desarrollando tareas técnicas vinculadas con el diagnóstico y propuestas de solución de los «problemas sociales» que el débil capitalismo peruano comenzaba a generar. Sin embargo, la tónica dominante en el sociólogo profesional era la preocupación por realizar un análisis riguroso de los mecanismos y de las fuerzas sociales que regulaban el funcionamiento de la sociedad.

En los años setenta, aparecerá un nuevo tipo de sociólogo profesional producto de una sociología administrativa que buscaba adecuarse al reformismo del régimen militar de Velasco. El mercado de trabajo del sociólogo se expandió y aumentó de manera considerable el número de Escuelas de Sociología, así como el número de alumnos y de profesores de esta especialidad. Surgía el sociólogo «de izquierda» que podía mantener su buena conciencia sin sacrificar su carrera profesional. El énfasis principal de la profesionalización es, entonces, vivir de la sociología. El sociólogo profesional libre de valores podía ofrecer sus habilidades y sus conocimientos a la ejecución de proyectos y programas de acción que no había discutido. La evaluación de las fines gubernamentales se realizaba fuera de la sociología, en los partidos políticos, a los que se consideraba como los únicos que podían hacer política, esto es, debatir sobre los objetivos de la acción. Se va produciendo entonces una verdadera escisión entre la sociología y la política, aunque en muchos casos, es necesario reconocerlo, con graves conflictos personales. En algunos planes de estudios de los Programas de Sociología, como el establecido en San Marcos en 1972, se puso de manifiesto esta esquizofrenia ideológico-política. La reforma curricular de ese periodo estableció dos niveles claramente diferenciados de formación profesional: uno, de tipo doctrinal, donde un dogmático marxismo-leninismo constituía el eje del «integrado de ciencias sociales»; otro, el ciclo de profesionalización, donde se intentaba entrenar a los estudiantes en determinadas técnicas de intervención en las relaciones sociales. Obviamente, se siguió desarrollando, en universidades y en centros privados de investigación, de manera rigurosa y enfrentada al poder político, el viejo legado de la sociología como oficio intelectual crítico. Una buena muestra de esta preocupación son los estudios y análisis que buscaban poner en evidencia los mecanismos y las fuerzas sociales que hacían posible al régimen velasquista.

En los años ochenta, se consolida la escisión entre la sociología y la política. Lo nuevo para el profesional de la sociología es la paulatina pérdida de conflictos entre ambas esferas de actividad. El sociólogo se irá identificando con el ingeniero social, con el técnico en relaciones sociales; el político encontrará un campo más amplio de acción con el establecimiento de la democracia parlamentaria desde fines de los años setenta. Las reformas curriculares de los años ochenta y noventa apuntan a consolidar esta perspectiva. La preocupación principal es la eliminación de una orientación reflexiva crítica y su reemplazo por

orientaciones tecnocráticas. Tengo la impresión de que el mejor ejemplo en esta dirección se encuentra en el proyecto de reforma curricular de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Federico Villarreal. Partiendo de la premisa de una necesaria vinculación entre la universidad y la sociedad, llegan a la conclusión de que en el caso de la formación de los sociólogos se les debe especializar en tres niveles: el primero, daría lugar al «promotor social»; el segundo, al «asistente en planificación social»; y el tercero y final, al «licenciado en sociología con mención en planificación». Ciertamente, el trabajo realizado es meritorio, por su rigurosidad y seriedad, pero sus resultados serán aleatorios, pues las demandas del especializado mercado del empleo al que apuntan escapa a las decisiones universitarias y tienen que ver, más bien, con la estructura del poder social global. Sin embargo —y este es el problema más importante desde la perspectiva de mi exposición—, en este proyecto de reestructuración académica nos alejamos significativamente de la sociología para ubicarnos en otra disciplina de carácter técnico que quizás ofrezca más réditos en el mercado, pero que no va producir conocimientos sobre la sociedad, tal como ha venido siendo la pretensión mayor de nuestra disciplina.

Paradójicamente, este énfasis en la sociología como ingeniería social corresponde a un periodo donde la demanda ocupacional del sociólogo ha caído brutalmente. En un primer momento, las políticas de reducción del aparato estatal, iniciadas en 1977, tuvieron como consecuencia la disminución del empleo de sociólogos en la administración pública. En un segundo momento, le tocó a las universidades. Después de una rápida expansión de las especialidades de sociología desde fines de los años sesenta que permitió una incorporación significativa de sociólogos como profesores, hacia mediados de los ochenta la tendencia es más bien contraria, pues empiezan a cerrarse los cursos de sociología. Un tercer momento le concierne a las organizaciones no gubernamentales que en los años ochenta se habían convertido en una de las principales fuentes de trabajo de los sociólogos. En los años noventa, por los cambios en las orientaciones de las financiadoras internacionales, el mercado ocupacional de las ONG se contrae, perdiéndose así una importante fuente de empleo para los sociólogos. ¿Será posible que tenga éxito la última tentativa de empleo de sociólogos alrededor de la formación de pequeñas empresas de servicios, según la ideología neoliberal centrada en el mercado? Mi impresión es que esta tentativa es más endeble que las anteriores y su destino es aún más incierto.

Por otra parte, las condiciones deprimidas en las que se encuentra el mercado del empleo traería aparejada una revitalización de la profesión de la sociología como actividad reflexiva sobre la vida social. En este contexto, son cada vez más numerosos aquellos que piensan que se puede vivir *para* la sociología sin vivir *de* la sociología. En este caso, la investigación y el conocimiento de la vida social —y no el mercado— constituyen los determinantes de sus aspiraciones profesionales e intereses intelectuales. Así, es posible pensar en la organización de nuevos planes de estudio no para satisfacer necesidades pragmáticas orientadas hacia un mercado de una demanda incierta sino para alcanzar el desarrollo de un discurso racional sobre la sociedad.

El examen de los determinantes externos en el ejercicio profesional del oficio de sociólogo no debe hacernos perder de vista su vocación íntima. Podemos preguntarnos sobre los motivos que llevan a una persona a dedicarse de manera profesional a la sociología. Con la crisis del mercado del empleo es posible percibir con mayor claridad lo que significaría el llamado interior a abrazar esta disciplina. Planteado en los términos más generales ello implica una dedicación al trabajo científico. El que tiene vocación de sociólogo está apasionadamente preocupado por comprender cómo actúan los seres humanos en sociedad, por develar los aspectos ocultos y quizás reprimidos de la vida social y, en primer lugar, el poder que la estructura y organiza. En este sentido, tiene la audacia intelectual para atreverse a investigar diversos ámbitos donde se producen luchas sociales, pues desencanta el poder y los mecanismos a través de los cuales se ejerce. Quizás por ello, la sociología ha sido considerada una ciencia difícil y que molesta. Lo primero, porque se enfrenta al sentido común, que es la costra en la que se ha endurecido el poder y que no deja ver los procesos sociales, esto es, las maneras en que se organizan y se transforman las relaciones sociales. Lo segundo, porque pone en evidencia los mecanismos de explotación y de dominación que los detentadores del poder quisieran conservar ocultos.

Al reflexionar sobre la vocación de sociólogo no podemos dejar de reconocer que, finalmente, lo que está en juego es una determinada opción ética. Actuamos de una determinada manera porque estamos convencidos de que esa es la conducta justa. Lo que sucede es que normalmente no reflexionamos sobre los imperativos morales de nuestra acción. Quizás a alguno de ustedes les resulte casi inverosímil referirse a las exigencias éticas de la profesión de sociólogo. Pues en el momento actual la reflexión sobre la moral parece estar desacreditada por una realidad donde los imperativos dominantes de la conducta individual y social son, por un lado, un pragmatismo rampante definido por valores que giran en torno a la eficacia, la competitividad y la capacidad de adaptación a realidades políticas y sociales consideradas inmodificables; y, por otro lado, el consumismo y el productivismo determinado por las exigencias tecnológicas de la producción, según el principio de que todo lo que es técnicamente posible de fabricar debe ser fabricado. Ambas pretensiones dominantes en la sociedad actual acarrearán consecuencias desastrosas sobre la capacidad de decisión de los individuos: en el primer caso, porque aceptan de manera acrítica el poder; en el segundo, porque se someten resignadamente a las necesidades del capital.

¿Es la sociología como técnica administrativa la única forma moderna de hacer sociología? Desde del punto de vista de la racionalidad instrumental —la racionalidad de los medios utilizados— parecería ser así. En realidad, si se busca la eficacia se tienen que utilizar los medios más adecuados para alcanzar determinados fines. Y el mundo moderno —como conjunto de instituciones y significaciones sociales— ha impuesto una forma específica de racionalidad. Weber en sus estudios de sociología de la religión precisamente examina el proceso por el cual la racionalidad instrumental se va a instituir e imponer en el conjunto de la vida social. Se trata, en este sentido, de un factor que actúa históricamente.

La sociedad occidental, como cada una de las sociedades humanas, se desarrolla a partir de sus propias significaciones sociales, de su propio imaginario social. El racionalismo formal de la sociedad occidental moderna ha sido la consecuencia de las significaciones sociales que han permitido dar un sentido a las acciones sociales que vinculan medios y fines. En esta perspectiva, M. Weber, por ejemplo, comprendió/explicó la racionalidad de la sociedad que estudió —su propia sociedad— desde esa misma sociedad, sin cuestionarla, «desconociendo —como ha señalado C. Castoriadis— el imaginario que la funda y la singulariza»¹⁶.

Pero, si nos situamos en un punto de vista diferente al mundo de significaciones instituidas en la sociedad occidental —y por lo tanto de la racionalidad instrumental que impuso— encontraremos la posibilidad de una universalidad —no instrumental— históricamente efectiva que rompe con las representaciones instituidas, de manera tradicional o autoritaria. Se trata de la exigencia donde se vincula una ética y una política universales que tiene en su base el proyecto de autonomía¹⁷. La autonomía es el fin de los seres humanos, en relación con nosotros mismos y en relación con los otros: «la autonomía de los seres humanos sólo puede concebirse como autonomía de la *sociedad* tanto como autonomía de los individuos»¹⁸.

Desde esta perspectiva, la vocación y la profesión del sociólogo, cuando supera la aceptación acrítica de la racionalidad instrumental, se funda en una exigencia normativa vinculada a la capacidad de los seres humanos de darse a sí mismos, de manera libre y reflexiva, sus propias formas de organización social, rompiendo con los poderes metasociales que los han constreñido a una vida heterónoma. Esta exigencia ética ha sido la que orientó el pensamiento griego antiguo sobre la sociedad y que la moderna sociología dejó de lado —al liberar el saber de la fe religiosa y de la especulación metafísica— para reconocer una objetividad que tenía como modelo las ciencias naturales y que buscaba la expansión ilimitada del dominio racional (instrumental) sobre la sociedad. Pero, al mismo tiempo, el desarrollo de la sociología también posibilitó la afirmación de otra racionalidad orientada por la búsqueda de una sociedad justa y por «la afirmación de la posibilidad y del derecho de los individuos y las colectividades para encontrar (o producir) ellos mismos los principios que ordenan sus vidas»¹⁹. Este postulado básico se diferencia tanto de las concepciones religiosas y metafísicas del mundo social como de una razón cuyo proyecto está centrado en la comprobación rigurosa y exacta de los hechos. En los momentos actuales, donde toda la estructura de poder instituida por la modernidad europea occidental parece haber entrado en una crisis definitiva, una sociología reflexiva y comprometida con la auto-

¹⁶ C. Castoriadis, «Individu, société, rationalité, histoire», *Le monde morcelé. Les carrefours du labyrinthe III*, Paris, Seuil, 1990, p. 58.

¹⁷ *Ibid.*, p. 65. Sobre la idea de autonomía, véase de C. Castoriadis: *L'Institution imaginaire de la société*, Paris, Seuil, 1975, pp. 138-158 y el ensayo «L'état du sujet aujourd'hui», *Le monde morcelé, op. cit.*, pp. 189-225.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ C. Castoriadis, *Le monde morcelé. Les carrefours du labyrinthe III, op. cit.*, p. 18.

construcción democrática de la sociedad aparece como una garantía para evitar caer en la barbarie a la que parece llevarnos la desintegración del sistema histórico capitalista en los próximos decenios —como sombríamente lo ha señalado Immanuel Wallerstein— y que según sus palabras «no será un momento agradable de vivir. Será un periodo negro, lleno de inseguridades personales, incertidumbres del futuro y odios viciosos»²⁰. Para cumplir con su papel la sociología no puede ser la simple duplicación de lo real sino que debe estar impregnada de un espíritu crítico. Donde «crítica —según la precisa afirmación de T. Adorno y M. Horkheimer— no significa aquí subjetivismo, sino confrontación de la cosa con su propio concepto. Lo dado se ofrece sólo a una visión que lo considere desde el punto de vista de un verdadero interés: de una sociedad libre, de un Estado justo, del desarrollo de lo humano. Y el que no compara las cosas con lo que ello quieran significar las ve, en definitiva, en forma no sólo superficial, sino, además, falsa»²¹. Creo que en esta propuesta se encuentra la tarea y la promesa de la sociología en esta época de conformismo generalizado.

IV

Si tomamos como modelo el tipo de investigación social que llevaron adelante los pensadores que establecieron la tradición clásica de las ciencias sociales, se puede afirmar con seguridad que la sociología es la práctica de un oficio²². Marx, Weber o Durkheim —para mencionar sólo a los tres más importantes— desarrollaron su trabajo sin la necesidad de sofisticados equipos ni grandes aparatos burocráticos tan característicos del ideal del sociólogo profesional de nuestros días. Más bien, su actividad científica fue el resultado de una práctica que siguiendo a C.W. Mills se le puede denominar «artesanía intelectual»: un conjunto de habilidades desarrolladas individualmente que califican al investigador para lograr una comprensión racional de la vida social. La tradición clásica de la sociología muestra cómo las aproximaciones más fecundas al conocimiento de la vida social han sido producidas siguiendo estrategias de investigación artesanales.

Desde este punto de vista, se puede considerar al oficio del sociólogo como un oficio intelectual: una actividad por la cual buscan pensar lo que los hombres hacen y de saber lo que ellos piensan. Para ello desarrollan una manera particular de mirar la vida social que no es la del tecnócrata sino la del que adopta la perspectiva del pensamiento crítico. Ello configura una verdadera revolución mental en la forma de ver la realidad social y constituye lo que podría denominarse un «ojo sociológico»: una perspectiva alejada del sentido común (in-

²⁰ I. Wallerstein, «La reestructuración capitalista y el sistema-mundo», Conferencia magistral en el XXº Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, México, 2 al 6 de octubre de 1995.

²¹ M. Horkheimer y T. Adorno, *op. cit.*, p. 22.

²² Este tema lo examino en el ensayo «Las exigencias actuales del oficio de sociólogo», publicado en *Revista de Sociología*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, N° 10, 1995.

cluyendo el sentido común de los sociólogos), que cristaliza, legitima y oculta el poder prevaleciente en la sociedad, y que el sociólogo, precisamente, busca develar.

Esta perspectiva que pone en evidencia las características básicas de los modos de organización y de transformación de la sociedad —esto es, del problema de la constitución, articulación y transformación de las estructuras del poder social—, implica una ruptura radical con las tradiciones del «empirismo abstracto» —dominante en la práctica sociológica— y de la «gran teoría». Una estrategia de investigación social que busque superar los límites de ambas tradiciones debería tener en cuenta al menos tres formas de pensar la realidad social²³:

a) *Pensar históricamente*. El sociólogo debe reconocer la radical historicidad de los fenómenos sociales y debe ser capaz de disolver lo que inmediatamente se le presenta como «cosas» —esto es, «hechos» estáticos, inmóviles— en procesos, admitiendo de este modo el carácter cambiante de los fenómenos sociales. Al aceptar que el devenir es el verdadero ser de la realidad social, el sociólogo debe ser capaz de aprehender la realidad como tendencias de desarrollo. Por ello, los «hechos», los «datos» —el principio y el fin de la sociología para el «empirismo abstracto»—, vistos en una perspectiva histórica aparecen como parte de un proceso, de una tendencia, de la que no pueden ser desprendidos ni aislados artificialmente, pues, de hacerlo, se convertirían en entidades absolutas, eternas.

b) *Pensar relacionamente*. Si el sociólogo piensa históricamente descubrirá que los objetos sociales no son cosas sino un complejo tramado de relaciones entre seres humanos. Con ello abandonará la imagen substancialista de la vida social y podrá captarla como una realidad relacional. Para comprender la naturaleza relacional de la vida social no le servirá ni el sentido común, ni el «empirismo abstracto». Más bien, buscará pensar los fenómenos sociales como cristalizaciones de relaciones. Donde, primero, tendrá que disolver esos fenómenos en los complejos de relaciones que los constituyen y, a partir de allí, reconstruirlos, produciendo así su verdadero objeto de estudio.

c) *Pensar críticamente*. El pensamiento crítico significa cuestionar radicalmente —desde la raíz— los hechos sociales como realidades absolutas y consideradas válidas por sí mismas, así como las categorías con las que son aprehendidos. Este doble cuestionamiento tiene por objeto reconstruir el mundo social —como realidad material e intersubjetiva— que el poder social ha establecido. El sentido común —y científico— dominante está preconstruido por ese poder social y el sociólogo no puede aceptarlo tal como se le presenta pues solamente se mantendría al mismo nivel del objeto que quiere comprender. Para lograr sus objetivos, por el contrario, debe romper con el poder y con las diversas formas de cristalizarse en el sentido común. Para ello debe estar en

²³ Las principales ideas desarrolladas en las siguientes páginas se basan en el texto de P. Bourdieu, «La pratique de l'anthropologie réflexive» publicado en: P. Bourdieu y L. Wacquant, *Réponses*, Paris, Seuil, 1992.

condiciones de criticar las categorías, problemáticas y procedimientos que le aporta la tradición sociológica, por lo menos en tres niveles de reflexión:

i) *La crítica epistemológica*: el cuestionamiento de los fundamentos cognoscitivos de la práctica sociológica tal como se ha impuesto en el sentido común de los sociólogos, particularmente en el caso del positivismo. Esta crítica debe alcanzar al concepto mismo de razón producido por la modernidad y que se encuentra en la base de la constitución de la sociología como disciplina científica. El sociólogo debe trabajar en saber lo que hace en su práctica científica.

ii) *La historia social de la sociología*: se trata de penetrar en el inconsciente de la disciplina —esto es, en su historia—: las condiciones sociales en las que se han producido conocimientos y que se olvidan u olvidan: cómo se establecieron históricamente los problemas, las herramientas conceptuales y los métodos que se utilizaron. Con ello se contribuiría a historizar la disciplina pues se determinaría la naturaleza específica de las categorías de pensamiento con las cuales como sociólogos aprehendemos la realidad. El sociólogo debe trabajar en saber cómo han llegado a constituirse las categorías con las que produce conocimientos.

iii) *La sociología de los sociólogos*: analizar la situación social de los que realizan la práctica sociológica y los presupuestos que los comprometen con sus estudios. La determinación del lugar de los sociólogos en la estructura social permitirá indagar por las coerciones y limitaciones impuestas por el poder en la investigación social. El sociólogo debe reflexionar sobre las constricciones de su posición social en su práctica científica.

En consecuencia, la enseñanza de la sociología debe tener en cuenta la naturaleza específica de esta disciplina y sus características como profesión y como vocación. Ello significa transmitir una manera de conocer la vida social más que conocimientos ya establecidos: una perspectiva que enfatice el aprendizaje de un modo de producir conocimientos antes que los conocimientos ya elaborados. En lo fundamental, se trata de enseñar a razonar de manera histórica, relacional y crítica los fenómenos de la vida social. De esta manera, la sociología podría recuperar su primigenio rol de actividad intelectual crítica de la sociedad que las necesidades de la razón instrumental han ido constriñendo cada vez más hasta prácticamente expulsarla del saber considerado socialmente válido al reemplazarlo por un saber tecnocrático al servicio del poder.

La sociología sólo puede tener como punto de partida el supuesto normativo —que debe ser explicitado y debatido— de la necesidad de alcanzar un orden social capaz de posibilitar que los seres humanos puedan vivir individual y colectivamente de manera libre y autónoma. En este sentido, la sociología tendría que contribuir con esta meta al constituirse en un socioanálisis capaz de librarnos de las coerciones de las imágenes del mundo que el poder nos impone permitiendo así

desplegar una manera nueva de actuar y de pensar la vida social que posibilitaría una conducta individual y colectiva cada vez más reflexiva. La vida práctica de los individuos sería así un proceso abierto que afirmaría la posibilidad y el derecho de los seres humanos y de las colectividades para que ellos mismos encuentren (o produzcan) los principios que ordenen sus vidas.